El señor de los gatos y otros relatos cortos

Angélica Jiménez

Image not found.

Capítulo 1

1.El señor de los gatos

Hace algunos años se escuchó acerca de la muerte del señor de los gatos, pocos sabían acerca de él a pesar de que sabían quién era. La noticia estaba por todos lados una mañana de abril, los periódicos amarillistas hablaban de la muerte de un hombre en uno de los caños de la ciudad, no era raro escuchar este tipo de noticias de vez en cuando, y por lo general, la gente que habitaba allí moría por el frío o sobredosis de drogas comunes.

El señor de los gatos, vivía en una de las cloacas de la ciudad junto con sus gatos, eran decenas de ellos adoptados por él. Era común ver que la gente se acercara al señor de los gatos para pedirle uno de esos pequeños felinos, a veces los regalaba y a veces se negaba a hacerlo. Cuando se le preguntaba porque no regalaba los gatos a cualquier persona, contestaba seriamente: No le regalo un gato a cualquiera, tiene que ser una persona que me dé buena espina y que se note que va a quererlo y a cuidarlo.

Nunca se tuvo mucha información del señor de los gatos, ni si quiera se supo su nombre ni que edad tenía o de dónde venía. Y por lo general, siempre se le veía harapiento y sucio, los vecinos solían darle de comer de vez en cuando y lo único que se sabía, era que todo el dinero que recolectaba, arrastrando su carreta y recogiendo todo lo que se pudiera reciclar para venderlo, era para alimentar a los gatos y de vez en cuando encender un porro.

La noche de su muerte estuvo lloviendo a cantaros; empezaron a caer pequeñas gotas que con el tiempo se intensificaron. Lo extraño fue que no era tiempo de lluvias y más bien, estuvo haciendo bastante calor los días anteriores. En cuanto comenzó la lluvia, el señor de los gatos se aguardó bajo el caño en el que habitaba, esa semana estuvo seco y no se preocupó mucho por el aguacero. El cansancio de un día de arrastrar su carreta con reciclaje hizo que se durmiera sin más en lo más alto de la cloaca, donde usualmente se quedaba en las noches.

El frío del agua le hizo despertar de un salto y también algunos maullidos, había cuerpos de gatos flotando por doquier, el señor de los gatos saltó desesperado a salvar a los pocos animales que quedaban vivos y que luchaban por sobrevivir a la inundación. El agua estaba helada, le congelaba las extremidades y, sin embargo, el señor de los gatos sacó a todos los que pudo del lugar. Llevaba sin comer varios días, el cansancio lo hacía lento y de pronto, cuando pudo sacar al último gato, un alud de basura y desechos que arrastraba el agua consigo, lo enterró. No pudo

luchar mucho, pero salvó a sus gatos.

A la mañana siguiente, un grupo de niños que pasaba por allí, vieron su cuerpo congelado y golpeado por el agua y la basura, algunos lloraron por miedo, otros lo picaron con ramitas o le tiraron objetos para ver si seguía vivo. No estaba vivo y tampoco nadie lo lloró.

Capítulo 2

2. La rubia

Hoy me ví con la rubia que me gusta, ha sido difícil convencerla para que viniera a mi casa, incluso pensé que sería imposible, después de todo ella es hermosa y yo, bueno, yo no soy muy apuesto. Pero ahora que la veo acostada en mi cama y con una sonrisa plácida sé que dí lo mejor de mi para ella. Por fin descansa después de todas las cosas que hicimos juntos. la pasamos muy bien al final. Sus gritos me hacían saber que le gustaba lo que haciamos, su respiración era fuerte e intermitente. En algún momento trató de escapar de mis brazos pero, al final, se rindió a los placeres y descansó en un suspiro.

Aún recuerdo el primer día que la ví en el bus. Iba hacia mi casa, pagué mi pasaje y busqué un asiento vacío, recorrí silla por silla con la mirada hasta que encontré una. Me senté en aquella silla, sentí inmediatamente un incómodo olor, volteé para saber que era y vi en el asiento junto al mío, a una anciana bastante "olorosa", mal vestida y llena de arrugas y verrugas;pensé, además, que seguramente ya no le faltaba mucho tiempo para estar enterrada bajo algunos metros de tierra.

mi viaje en bus siempre tarda una hora y media, desde la calle 76, en donde trabajo como auxiliar de oficina, acomodando archivos, transcribiendo documentos y algunas veces debo ayudar con el teléfono, en una empresa bastante modesta, hasta llegar a "San jorge", mi barrio. He vivido en este barrio toda mi vida y lo conozco muy bien, y no solo a mi barrio sino también los barrios cercanos: Santa Lucía, Gustavo Restrepo, Marco Fidel Suarez, molinos, entre otros. No sé porqué la mayoría tiene los nombres de personas que ni siquiera sé si han sido importantes en la historia.

LLevaba más o menos media hora en el transporte público cuando la ví, era la mujer más bonita que había visto hasta ese día, su cabello era largo y sedoso, de un rubio dorado totalmente natural, cosa que es muy rara, sobretodo en Bogotá, y sobretodo al sur, pues la mayoría tiene un horrible cabello castaño. La muchacha tenía un buen cuerpo, unas tetas grandes, firmes y redondas y un buen culo; casi podía ver debajo de ese uniforme todo lo demás. Noté, gracias a la insignia de su saco, que estudiaba

odontología en la universidad Cooperativa. A veces puedo llegar a ser bastante observador. la rubia se sentó unas cuantas sillas delante de mí; la anciana no se iba y me causaba desespero, recuerdo aún ese maldito olor a podrido, a viejo. Además la maldita se quedó dormida sobre mi hombro, en mi mente solo se pasaba el pensamiento del maldito olor que me dejaría después de que se fuera, en mi saco. Me dije a mi mismo que lo primero que haría recién llegára a mi casa, sería quemar el saco. Desde mi asiento podía ver el cabello de la rubia, no la quería perder de vista, supongo que así empiezan todas las historias románticas. La anciana seguía durmiendo y pronto me dí cuenta de que empezaba a babear, ¡era el maldito colmo!¡maldita vieja! Comencé a retorcerme con el fin de que se despertara, pero cada movimiento era inútil, no se despertó.

Después de un rato la rubia se bajó en "santa lucía", gracias al cielo que esta hermosa mujer vivía cerca a mi barrio. Antes de bajarse, se acercó a mí y puso su mano sobre la mía, que estaba sobre la baranda del asiento de adelante, perdió el impulso del momento y me sonrió, luego me pidió una disculpa. En ese momento me di cuenta de que yo también le gustaba y que probablemente me había visto desde hacía un rato. Presionó el botón rojo que estaba en la baranda, el bus no paraba, la muchacha seguía apretando el botón con su dedo gordo; después de unas cuantas cuadras el bus frenó súbitamente, todos los pasajeros casi fuimos lanzados hacia adelante, la mayoría madreo al conductor y la rubia se bajó indignada, alcancé a escuchar que decía- Hijo de puta, donde me vino a dejar-. La anciana se despertó y se dió cuenta de que debía bajarse; mi saco estaba lleno de baba y olor a viejo, la mujer se bajó lentamente mientras el busetero hacía ademanes de que iba a arrancar nuevamente, los otros pasajeros le gritaban que esperara, yo hubiera deseado que se moviera lentamente y la estupida vieja cayera de narices hacía el pavimento y que ojalá unos cuantos carros le pasaran por encima.

Afortunadamente la anciana logró bajar y yo bajé rápidamente en busca de mi presa, noté que la rubia caminaba muy lentamente. Caminamos los tres por unas cinco o seis cuadras más, en total silencio y yo siguiendo las pistas candentes de mi amada, una que otra vez miraba para atrás y me sonreía con coquetería; me gustaba mirar ese culo mientras caminaba, jugoso y delicioso, mi boca se hacía agua al imaginar todo lo que podría hacer con el. Salí de mis fantasías rápidamente, al parecer la anciana no solo quiso molestarse en el bus sino que también en mi destino de conocer a la rubia. La horrible vieja me llamó y me pidió ayuda para coger otro bus, pues se había equivocado de parada y ahora estaba perdida. Yo, que soy un caballero ante todo, le traté de ayudar, pero no pasaba ningún bus en ese momento, pasaban los minutos y la rubia se alejaba cada vez

más por el oscuro camino, miraba hacia todos lados y ni uno de los buses que pasaba le servía a la maldita anciana. El tiempo pasó y perdí de vista al amor de mi vida, en mi creció una ira inmensa y quise desatarla inmediatamente en contra de la anciana; la cogí del canoso pelo y la tiré hacia el piso con toda mi fuerza, gracias al cielo que a las nueve de la noche no pasa gente por ese camino, la vieja se golpeó la cabeza contra el suelo y cuando se pudo levantar se tocó y vio la sangre salir, comenzó a gritar desesperada así que le tape la boca y la arrastré conmigo hasta el parque, creí que habrían algunos tipos drogandose pero no, todo estaba en mi favor. La solté y de inmediato me rogó por su vida, se arrodilló y gritó como loca, pero no se dió cuenta de que ya había arruinado la mía, saqué de mi bolsillo una navaja que me habían regalado hacía un mes en el trabajo por mi cumpleaños, la tomé con mi mano derecha y se la cable rápidamente en su ojo izquierdo, la sangre salía a chorros y la maldita no se callaba, tomé de nuevo la navaja y esta vez se lo clavé en la garganta, ya era hora de que se callara. Desahogué toda mi ira en el oloroso cuerpo de la anciana, al menos me satisfizo un poco y me alegré al pensar que siempre tuve razón: no le quedaba mucho para ser enterrada unos cuantos metros bajo tierra.